

Virgilio y su misión providencial

por Aurelio Espinosa Pólit, S. J.

Dónde piensa el lector que se ha escrito uno de los mejores libros que habrá inspirado el segundo milenario de Virgilio? Pues en Quito, Ecuador, y su autor es un sacerdote americano, el jesuita don Aurelio Espinosa Pólit, del Colegio de Cotocollao.

Quiero decir con ello que se trata de un libro excelente comparado con los mejores que produzca la crítica inglesa o alemana o francesa o norteamericana o italiana. Y cuando el lector se haya repuesto de su primera impresión de sorpresa, ¿qué de particular tiene que un gran libro erudito y valorador se produzca en una ciudad algo apartada de las grandes corrientes del tráfico? ¿Podía esperar nadie que una obra que requiere inmenso caudal de lecturas, bien digeridas y ordenadas, se produjera de la noche a la mañana en el insomnio de un cochecama?

Es fácil observar que lo que dice el padre Espinosa sobre Virgilio no es sustancialmente distinto de lo observado por un buen vírgilianista, como Mr. Mackail, en la Encyclopedie Chambers, cuando dice que no es comparable a Homero en sencillez y fuerza dramática, ni a Píndaro y Dante en pasión concentrada, ni a Safo y Cátulo en emoción estremecedora, pero que a todos los supera en tristeza majestuosa, en la serena exquisitez de sus cadencias y en el cincelamiento consumado de una poesía enriquecida por todos los refinamientos del saber y por un trabajo paciente, que sólo con la perfección se satisface, aparte de que nadie tampoco lo ha igualado en piedad y en el sentido de las lágrimas que hay en las cosas, según dijo en el más celebrado de sus versos. Sólo que el padre Espinosa no cree que lo esencial sea decir algo original sobre Virgilio, ni sobre nada. Acaso la parte más penetrante de su obra sea la que dedica a explicar las numerosas veces que Virgilio se sirve de uno o dos versos de Homero o de otro poeta, como lo hacían todos los clásicos entonces, porque en la antigüedad se consideraba el plagio como una cortesía que debía cada poeta a sus predecesores en vez de rechazarla con el desdén román-

tico de un Muset, que se jactaba de beber en su vaso, aunque fuese pequeño. Los antiguos pensaban, como Andreu Chenier que los escritos de otros poetas, son «aguijones poderosos, que al besarme con su llama me hacen creer con ellos».

La manera principal que tenían los poetas de formarse eran los ejercicios, en que los aprendices procuraban imitar algún modelo, para dar a los entendidos el placer delicado de la comparación, hasta ver si ganaban en alguna cosa a sus inspiradores, lo que les servía de aliento, o si eran vencidos en todo, lo que les daba merecido bochorno. En este «agón» o contienda de belleza se formaban los poetas. Y si hoy se renovaran esos antiguos y probados métodos, ¿se escribiría con tanta flojedad?, ¿se pensaría con tanta incertidumbre?

Hay sin embargo, una diferencia entre leer las observaciones de Mr. Mackair en un artículo de Enciclopedia o seguir, poco a poco, las cuatrocientas trece citas, traducciones y comentarios de versos o grupos de versos de Virgilio en el libro del Sr. Espinosa o los trescientos ochenta y un autores que aparecen en su obra, y no una vez, sino cuarenta y ocho veces Homero, veintinueve veces Dante, diez y seis San Agustín, doce Voicer, doce Cátulo, siete Esquilo, siete Eurípides, veintidós Horacio, nueve Víctor Hugo, quince Lucrecio, ocho Myers, doce Mackail, siete Menéndez y Pelayo, once Ovidio, nueve San Pablo, nueve Platón, ocho Propercio, ocho Shakespeare, once Sófocles, diez Teócrito, siete Santo Tomás. Ya no se trata de juicios más o menos plausibles acerca de Virgilio sino que es Virgilio el que se nos presenta o son sus admiradores los que nos subrayan lo que podía habérsenos escapado de su obra, y hasta la tesis más aventurada que hay en el libro del Sr. Espinosa, la de que Virgilio desempeñó la misión providencial de abrir el corazón y la sensibilidad de los pueblos del Imperio de Occidente para que pudieran recibir el cristianismo, me parece tan llana y aceptable, como si no envolviera los más graves problemas de la filosofía y de la historia.

Dice el Sr. Espinosa que buscando al principio las pruebas de la originalidad de los versos de Virgilio es como se ha encontrado con la espléndida originalidad del hombre: «La profundidad y la eficacia regeneradora de sus convicciones religiosas, su concepto providencialista de la historia, su

clara penetración de la misión de Roma en el mundo, la magnífica independencia y ardoroso celo de su ideal pacifista, la alteza y fecundidad de su enseñanza moral, sus inexplicables vislumbres de aspiraciones o ideas que aparecen incompatibles con el paganismo, y, más aún, su acomodación plenaria a la concepción cristiana de la vida, que prolonga para nosotros la estela de su paso».

Homero era impersonal. Por eso precisamente lo toma Aristóteles por ejemplo, y dice que su papel de poeta consiste «en hablar lo menos posible en propia persona». Homero es por eso impasible. Virgilio, en cambio, da expresión plena al mundo de afectos que se desprenden de la narración épica. Tanto como interesar a sus lectores desea trasmítirles su sensibilidad. Según el Sr. Espinosa esta propiedad es, en cierto modo, común a todos los grandes poetas latinos: lo mismo se encuentra en Cátulo que en Tibulo, en Propertio que en Horacio, en Ovidio que en Lucrecio y lo muestra, según su método, con cita de versos inmortales. Pero hay en la mirada de Virgilio una cortina de llanto que da a su voz su peculiarísima vibración patética y esta tristeza suya no procede del hastio de la carne: «es el alma herida de una preocupación superior, es el espíritu que aletea por escapar de la prisión donde se ahoga, es un anhelo nunca satisfecho, un temblor de esperanza».

En el paisaje virgiliano hay ya un sentido cristiano de la belleza, como la huella del creador en la criatura. Lo que le hace torturarse a Virgilio, al punto de tardar siete años en componer los 2.000 exámetros de las «geórgicas», en el ansia por descubrir esa huella y hacer sentir a sus lectores el perfume de las manos divinas que el poeta ha encontrado directamente en la naturaleza. Fué el poeta más dulce de la humanidad. Y por esto es lo que hace pensar al Sr. Espinosa en la misión providencial del poeta. Porque su entusiasmo por la vida hubiera sido ineficaz de no haberla presentado con tan avasalladora belleza, pero fué esta belleza lo que transformó las almas paganas y las preparó para recibir sin repugnancia una doctrina superior.

Augusto entendió la necesidad en que estaba su pueblo de purificar su corazón y por eso convirtió a Virgilio en poeta principal del Imperio, por lo que fué la enseñanza de sus obras obligatoria en las escuelas, en tanto que perduró el Imperio. «La Eneida» nos dice que la misión de Roma

era vincular el imperio del mundo, a fin de que la paz reírase en él. Prudencio, el gran poeta español, muestra, a su vez, que ese imperio universal no tenía más objeto que preparar el camino para Cristo que llega. Fué, en suma, como dice en sí mismo San Pablo, un «pedagogo hacia Cristo». No es extraño que San Ambrosio y San Agustín se supieran sus obras de memoria y no pudieran por menos de citarlas, aunque ya entonces se daban cuenta del gran peligro que implicaba la lectura de los clásicos, por el ateísmo de Lucrecio, el amoralismo de Cátulo, el libertinaje de Ovidio, Tíbulo, Propertio o Marcial.

Virgilio, en cambio, era y es el buen maestro, el que enseña a amar lo que debe amarse o aborrecer lo que debe ser aborrecido, y aunque nosotros no llegamos tan lejos como el padre Espinosa al suponer que fué la influencia del mantuano lo que permitió a San Pablo hacerse rápidamente adepto «en la casa del César», ni al sugerir que pudo ser la falta de Virgilio lo que impidió que se le escuchara en la areópago de Atenas, porque con ello no olvidaríamos de que el pensamiento helénico no contribuyó menos que la poesía de Virgilio a preparar el camino del cristianismo, como lo muestra el hecho de que el idioma de la iglesia primitiva y sus primeros concilios fué más el griego y no el latín, nos confesamos ganados por su tesis de la misión providencial de Virgilio y esperamos que, andando el tiempo, también gane a los directores de los pueblos y sirva para que se le vuelva a dar en la educación de las generaciones el mismo puesto de honor que ocupa en la historia universal de la cultura.

RAMIRO DE MAEZTU.

(Tomado de «La Prensa» de Buenos Aires, edición del 30 de abril de 1933)

Registro del Mundo

por Jorge Carrera Andrade

Sólo el primero de los muchos libros de este poeta ecuatoriano vió la luz en su ciudad natal, Quito, y ya era ése, por extraño sino, un libro de viajes: «Latitudes». Los siguientes fueron apareciendo en Madrid, París, Bruselas, Tokio, San Francisco, puntos a los que sus tareas consulta-